

Lev Tolstói

Cuánta tierra necesita
el hombre
y otros cuentos

Presentación de Víctor Andresco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Traducción de Irene y Laura Andresco, revisada por
V́ctor Andresco, y Natalia Dv́orkina (por «El diablo»)

Primera edici3n: 2014
Tercera reimpresi3n: 2023

Diseño de colecci3n: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustraci3n de cubierta: Iván N. Kramskoy: *El molinero* (1873. Museo Estatal Ruso,
San Petersburgo. © Index - Bridgeman
Selecci3n de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisi3n y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daos y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformaci3n, interpretaci3n o ejecuci3n artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorizaci3n.

- © de la traducci3n: Herederos de Irene y Laura Andresco Kuraitis; y Natalia Dv́orkina (por «El diablo»), 2014
- © de la presentaci3n: V́ctor Andresco Peralta, 2014
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8591-5
Dep3sito legal: M. 2.955-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir informaci3n peri3dica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electr3nico a la direcci3n: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Presentación: El «milagro imperfecto» de Lev Tolstói,
por Víctor Andresco
- 15 Tres muertes
- 35 Jolstomer (Historia de un caballo)
- 88 Después del baile
- 102 Las fresas
- 118 El padre Serguéi
- 179 El prisionero del Cáucaso
- 215 Historia de Iván el Tonto
- 253 Lo que mueve a los hombres (Mijaíl, el aprendiz de
zapatero)
- 281 Donde está el amor, allí está Dios
- 298 Iliás
- 305 Los tres *startsy*
- 314 Los dos ancianos
- 344 ¿Cuánta tierra necesita el hombre?
- 364 El diablo

Presentación

El «milagro imperfecto» de Lev Tolstói

Un siglo largo después de su muerte, la figura de Lev Tolstói (Yásnaia Poliana, 1928-Astápovo, 1910) queda universalmente acuñada como la de un titán de la literatura que se propuso –y consiguió– aunar escritura con didáctica y abarcar con su trabajo todas las esferas de la vida del hombre, desde la infancia y sus inquietudes pedagógicas hasta la sabiduría que suele acompañar a la vejez.

Tolstói tuvo el acierto de ser el mejor –uno de los grandes de la literatura en términos universales– en ambos propósitos, el narrativo y el didáctico. Las buenas intenciones no habrían bastado para coronar lo que sin duda constituye el proyecto más ambicioso de las letras rusas del siglo XIX, idea que nos atrevemos a sostener porque, a diferencia de otros como Dostoyevski o Gógol, por citar solo a dos ases de la novela, Tolstói tuvo y mantuvo la ambición de mejorar la sociedad y la vida de los hombres

a través de la escritura y hoy permanece como autor fundamental de la modernidad. En su celeberrimo canon Harold Bloom afirma que «quien más se acerca a la universalidad en la Era Democrática es el milagro imperfecto de Tolstói, al mismo tiempo aristocrático y populista». La intensidad de su apuesta narrativa, necesariamente mestiza de su nobleza familiar y de la nobleza (nótese la polisemia) de sus anhelos individuales, es solo comparable a la vehemencia con que arrostró sus diferentes etapas vitales; marcado por esa dualidad, el conde Tolstói vivió sus estudios universitarios, su etapa militar y su vida familiar y campestre como un entomólogo obligado a ser juez y parte del mundo circundante. Y cada uno de sus contextos vitales –ya se trate de la vida militar en el Cáucaso, la familiar en la finca de Yásnaia Poliana, en la región de Tula, o la más social, principalmente en Moscú– tiene siempre un correlato claro en su numerosa y abundante producción, que incluye algunas de las novelas esenciales del siglo XIX, y acaso de todos los tiempos, como *Guerra y paz* o *Resurrección*¹, así como centenares de relatos, novelas cortas y opúsculos de todo género, interesándose por la filosofía, la religión, las tradiciones populares o la enseñanza.

El cuento, y en concreto el que tiene su origen en la tradición oral, ocupa un lugar destacado en la obra de Tolstói. Para comprender su importancia conviene recordar que al venerado autor de *Anna Karénina* le resultó siempre capital la importancia de la naturaleza y la armoniza-

1. Todas las obras de Tolstói mencionadas en este prólogo están publicadas en Alianza Editorial. (N. del E.)

ción del hombre con su entorno; en ese sentido las tradiciones populares, desde la música y las fiestas rurales hasta las narraciones de transmisión verbal y los usos ancestrales, fueron objeto de estudio y sistematización durante gran parte de su vida. La curiosidad de Tolstói por la sabiduría popular es proporcional a la entrega con que estudió la vida cotidiana de los habitantes de sus sucesivos escenarios, tanto en la Rusia continental como en el vasto espacio geográfico e imaginario que resumimos en la palabra Cáucaso. Como queda de manifiesto en algunos de los relatos recogidos en esta antología, los rusos tienen su propio «lejano oriente» literario, folclórico y político en este espacio montañoso y rico en diversidad cultural y antropológica y codiciados frutos de la naturaleza. De ahí la endémica conflictividad de un territorio situado en el corazón de demasiadas encrucijadas y fuente inagotable de inspiración para clásicos como Pushkin y Lérmontov o, ya en nuestros días, Borís Akunin o Vladímir Makanin.

La inagotable riqueza de sus fuentes de estudio se trasluce de inmediato en toda la producción narrativa de Tolstói, empezando por sus textos memorialísticos, donde es frecuente encontrar explicación a su fascinación por los que serán protagonistas de sus relatos. En su volumen de memorias *Infancia, adolescencia, juventud* quedan trazados los ejes de su peripecia investigadora frente a las convenciones sociales y a los nítidos compartimentos sociales que separan a amos y sirvientes, modos de vida urbanos y campesinos (dicotomía que puede leerse también como proeuropeos frente a eslavófilos o eslavizantes). No en vano Tolstói es artífice de su gesta ética y literaria a lo largo de medio siglo de agonía del zarismo,

un régimen feudal que dominaba casi un quinto del planeta y de cuyas incongruencias, a menudo sangrientas, surgen grandes inquietudes narrativas.

Los personajes que protagonizan estos relatos son el motor efectivo del mundo campesino (decir *campo ruso* en esta época es casi decir *alma rusa*, otro gran lugar común imprescindible para abarcar Rusia, su cultura y sus tradiciones, incluida la literaria), y lo mismo sucede con los estamentos eclesiástico y militar, capitales para la comprensión del gigante eurasiático en la segunda mitad del siglo XIX, cuando comienza a cobrar pleno sentido el ciclo literario tolstoiano. Los relatos, poemas, canciones, refranes, chistes y adivinanzas de la tradición popular conforman en el autor de *Hadjí Murat* un acervo que irá sirviéndole como recurso de fondo para su propósito globalizador, así en la literatura como en la vida cotidiana que propondrá –y pondrá en práctica– en sus años finales.

Esta antología se plantea como una magnífica oportunidad para conocer el conjunto de las inquietudes espirituales y literarias de Tolstói, quien a través del cuento como género total supo plasmar también una interpretación del mundo abarcadora y coherente. Si en la novela supo alcanzar las más altas cimas –ahí quedan *Guerra y paz*, *Anna Karénina* o *Resurrección*–, con el relato en sus más variados formatos –desde el más breve hasta la *nouvelle*– consiguió explicar el amor, la pasión, el miedo, el poder, la violencia y, en general, los motores esenciales del alma humana.

Salvo «El diablo», traducido especialmente para esta edición por Natalia Dvórkina, las versiones de Irene y

Laura Andresco fueron hechas para la primera edición integral de las obras completas de Tolstói en España, hace ahora medio siglo, y conservan intactos la fidelidad y el entusiasmo del sello librepensador que tuvo el proyecto. Hemos procurado actualizar en lo posible la terminología de uso común, aclarando algunas lagunas causadas por las condiciones originales y completando las notas que facilitan la comprensión del texto. Es justo señalar que en la tradición culta y cosmopolita de editores como Manuel Aguilar y Arturo del Hoyo se enmarcan la pulcritud y tenacidad de Javier Setó, a quien hay que agradecer el acierto de la selección y una importante contribución filológica.

Víctor Andresco
Enero de 2014

Tres muertes

Uno

Era otoño. Por el camino real rodaban, veloces, dos coches. En el primero de ellos iban dos mujeres: una señora delgada y pálida, y su doncella, una muchacha gruesa y coloradota. Sus cortos y lacios cabellos se le salían del sombrero descolorido y procuraba arreglarlos con rápido movimiento de su colorada mano, cuyo guante estaba roto. Su robusto pecho, cubierto con un mantón, denotaba salud; sus inquietos ojos negros, tan pronto contemplaban, a través de los cristales, los campos que huían, como se posaban tímidamente en su señora, o recorrían el fondo del coche. Ante ella se balanceaba el sombrero de la señora, que colgaba atado a la red del coche; en sus rodillas llevaba un cachorro y sus pies se apoyaban sobre las cajas que llenaban el coche, golpeando imperceptiblemente al unísono con el ruido de los cristales y el balanceo de los muelles.

Con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos cerrados, la señora se reclinaba, balanceándose ligeramente, sobre los almohadones que le habían puesto a la espalda; y, frunciendo el ceño, tosía de cuando en cuando. Llevaba en la cabeza un gorrito de noche, blanco, y un chal envolvía su blanco cuello delicado. Una raya recta, que se perdía debajo del gorro, dividía sus cabellos rubios, muy lisos y untados de pomada; y había algo enfermizo, cadavérico, en la blancura del cuero cabelludo de esa ancha raya. La piel flácida, algo amarillenta, que cubría los bellos y finos rasgos de su rostro, se coloreaba en las mejillas. Sus secos labios estaban inquietos; sus pestañas ralas no se rizaban y el vestido de viaje que llevaba formaba pliegues sobre su pecho hundido. Aunque sus ojos estaban cerrados, su cara denotaba el cansancio, la irritación y un sufrimiento al que estaba acostumbrada.

El criado dormitaba sobre el pescante, reclinado en su asiento. El postillón gritaba y fustigaba a los cuatro caballos, cubiertos de sudor; de cuando en cuando, se volvía a los gritos del cochero del segundo coche. Las ruedas iban dejando unas anchas huellas paralelas sobre el camino sucio. El cielo aparecía gris y frío; una neblina húmeda caía sobre los campos y el camino. En el interior del coche había una atmósfera sofocante y olía a agua de colonia y a polvo. La enferma echó la cabeza hacia atrás y abrió lentamente los ojos. Eran grandes, brillantes y de bonito color oscuro.

—¡Otra vez! —exclamó apartando con un gesto nervioso de su bella y delgada mano el bajo de la capa de la doncella, que le había rozado ligeramente la pierna; y su boca se contrajo en una mueca de dolor.

Matriosha recogió con ambas manos la capa, se incorporó y se sentó algo más lejos. Su cara lozana se cubrió de un vivo color. Los oscuros y hermosos ojos de la enferma seguían atentamente todos los movimientos de la doncella. Se apoyó con ambas manos en el asiento, para sentarse un poco más arriba; pero le fallaron las fuerzas. Torció la boca, y su cara expresó una ironía llena de odio y de impotencia.

—Si al menos me ayudarás... No, no hace falta. Puedo yo sola; pero no me pongas encima todos estos sacos, hazme el favor... Es mejor que no me toques, ya que no sabes hacerlo.

La señora cerró los ojos y, levantando luego rápidamente los párpados, volvió a mirar a la doncella. Matriosha la contemplaba, mordiéndose el labio inferior. Un hondo suspiro escapó del pecho de la enferma; mas, antes de llegar a su fin, se transformó en un acceso de tos. Se volvió, frunció el ceño y se llevó ambas manos al pecho. Una vez que el acceso hubo pasado, la enferma volvió a cerrar los ojos y permaneció inmóvil. Los dos coches llegaron a una aldea. Matriosha sacó su gruesa mano del mantón y se santiguó.

—¿Qué es eso? —preguntó la enferma.

—La estación de postas, señora.

—Te pregunto por qué te persignas.

—Hemos pasado ante una iglesia, señora.

La señora se volvió hacia la ventanilla y comenzó a santiguarse lentamente, mirando con los ojos muy abiertos la gran iglesia del pueblo, ante la que pasaban.

Ambos coches se detuvieron junto a la casa de postas. Del segundo se apearon el marido de la enferma y el médico, y se acercaron al primero.

–¿Qué tal se encuentra? –preguntó el médico, tomándole el pulso a la enferma.

–¿Cómo estás, querida? ¿Te has cansado? –preguntó, a su vez, el marido, hablando en francés-. ¿Quieres bajar?

Matriosha, que había recogido los bultos, se apretaba en un rinconcito del coche, para no molestar.

–Estoy igual –contestó la enferma-. No me voy a apear.

Después de permanecer un ratito allí, el marido entró en la casa de postas. Matriosha saltó del coche y corrió, de puntillas, por el barro, hacia la puerta cochera.

–Que yo esté enferma no es una razón para que usted no almuerce –dijo la señora, con una ligera sonrisa, al doctor, que permanecía junto a la ventana.

«Nadie se interesa por mí. Ellos están bien y lo demás les tiene sin cuidado. ¡Oh Dios mío!», se dijo la señora mientras el doctor se alejaba lentamente y subía corriendo las escalerillas de la entrada.

–Bueno, Eduard Ivánovich. He mandado que nos traigan la cantina, ¿qué le parece? –dijo el marido, saliéndole al encuentro con una sonrisa alegre y frotándose las manos.

–Muy bien –replicó el doctor.

–¿Cómo la encuentra? –preguntó el marido, con un suspiro y bajando la voz, al mismo tiempo que alzaba las cejas.

–Ya le he dicho que es imposible que llegue a Italia; quiera Dios que pueda llegar a Moscú. Sobre todo con estos caminos.

–¿Qué hacer, entonces? ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! –El marido se cubrió los ojos con la mano-. Déjalo aquí –añadió, dirigiéndose al criado que traía la cantina.

–Debía haberse quedado –replicó el médico, encogiéndose de hombros.

–Pero ¿qué podía hacer yo? Hice todo lo posible por retenerla; le hablé de nuestros medios económicos, de los niños, a los que teníamos que dejar solos, así como de mis asuntos... No ha querido hacer caso de nada. Hace proyectos para la vida en el extranjero, lo mismo que si fuese una persona sana. Y revelarle su estado, sería matarla.

–Ya está perdida, Vasili Dimítrievich; no debe usted ignorarlo. Una persona no puede vivir sin pulmones, y éstos no pueden formarse de nuevo. Es triste y penoso; pero ¡qué remedio queda! La misión de usted y la mía es hacer que sus últimos días sean tranquilos en lo posible. Necesitaría un sacerdote.

–¡Oh! ¡Dios mío! Comprenda mi situación al recordarle que ha llegado su último momento. Suceda lo que suceda, no le hablaré de eso. Ya sabe usted que es tan buena.

–De todas formas, intente convencerla para que se quede hasta que entre el invierno –dijo el doctor, moviendo la cabeza con gesto significativo–. Si no, puede ocurrirnos una desgracia en el camino...

–¡Aksiusha! ¡Aksiusha! –gritaba con voz aguda la hija del maestro de postas, mientras se ponía un pañuelo en la cabeza y corría por la sucia escalera de servicio–. Vamos a ver a la señora de Shírkino; dicen que la llevan al extranjero para curarla del pecho. Nunca he visto a ningún tísico.

Aksiusha salió corriendo al umbral; y ambas, cogidas de la mano, se lanzaron hacia la puerta cochera. Aflojaron el paso al llegar junto al coche; y miraron por la ven-

tanilla cerrada. La enferma giró la cabeza hacia ellas; pero al ver su curiosidad, frunció el ceño y se volvió.

—¡Madrecita! —exclamó la hija del maestro de postas, mirando rápidamente hacia el otro lado—. ¡Con lo hermosa que era, hay que verla como está! ¡Hasta da horror! ¿Te has fijado, Aksiusha, te has fijado?

—¡Sí! ¡Qué delgada está! —asintió la muchacha—. Vamos a pasar, como si fuéramos al pozo, para verla otra vez. Ha vuelto la cara; pero de todas maneras me he fijado en ella. ¡Qué lástima da, Masha!

—¡Cuánto barro! —dijo Masha; y ambas volvieron corriendo a la puerta cochera.

«Probablemente estoy fea —pensó la enferma—. Si llegáramos pronto al extranjero, allí no tardaría en reponerme.»

—¿Cómo estás, querida? —preguntó el marido, acercándose al coche, mientras masticaba algo.

«Siempre la misma pregunta; pero él no deja de comer», pensó la enferma.

—Bien —dijo entre dientes.

—Temo, querida, que con este tiempo te pongas peor en el viaje; Eduard Ivánovich dice lo mismo. ¿No sería mejor que volviéramos?

La enferma callaba, con aire enojado.

—Tal vez se arregle el tiempo, los caminos se hagan más transitables y tú mejores también; en este caso, podríamos ir todos juntos.

—Perdóname; pero si no te hubiese hecho caso, ahora estaría en Berlín, completamente restablecida.

—¿Qué podíamos hacer, ángel mío? Ya sabes que era imposible. En cambio, si accedieras a quedarte un mes,

te repondrías; yo terminaría mis asuntos; cogéramos a los niños y...

–Los niños están sanos y yo no.

–Pero comprende, querida, que con este tiempo, si te pones peor en el camino... Al menos en casa...

–¿En casa?... ¿Qué? ¿Morir en casa? –replicó, irritada, la enferma.

Al parecer, la palabra *morir* la asustó. Miró a su marido con expresión suplicante e interrogadora. Él bajó los ojos y guardó silencio. De pronto, la boca de la enferma se plegó con expresión infantil y las lágrimas brotaron de sus ojos. El marido se cubrió el rostro con un pañuelo y se retiró en silencio.

–He de ir –dijo la enferma, alzando los ojos al cielo. Cruzó las manos y murmuró palabras incoherentes–. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? –se decía; y las lágrimas afluían más abundantes. Durante mucho rato oró fervorosamente; pero su pecho seguía oprimido; el cielo, los campos y la carretera estaban tan grises y sombríos como antes y la misma neblina otoñal, ni más ni menos densa, caía sobre el lodo de la carretera, los tejados, el coche y las pellizas de los cocheros, que hablaban entre sí con sus voces recias y alegres, mientras engrasaban los coches y enganchaban los caballos...

Dos

El coche estaba dispuesto ya, pero el cochero tardaba en llegar. Había entrado en la isba de los cocheros. En el interior de la oscura isba hacía un calor sofocante; la at-

mósfera estaba enrarecida y olía a pan recién cocido, a coles y a piel de cordero. Unos cuantos postillones se hablan reunido allí y la cocinera se afanaba junto a la estufa, sobre la cual había un enfermo cubierto con una piel de cordero.

—¡Tío Fiódor! ¡Tío Fiódor! —exclamó dirigiéndose al enfermo, al entrar en la isba, un joven cochero que llevaba una pelliza y un látigo colgado a la cintura.

—¿Para qué llamas a Fiedka, vago? —preguntó uno de los cocheros—. Anda, que te esperan en el coche.

—Le quiero pedir sus botas; las mías están muy viejas —contestó el joven, sacudiendo la cabellera, mientras se arreglaba los guantes remetidos en el cinturón—. ¿Es que está durmiendo? Oye, tú, tío Fiódor —repitió, acercándose a la estufa.

—¿Qué? —pronunció una voz débil; y un rostro de pelirrojo, muy delgado, apareció sobre la estufa. Una ancha mano descarnada, velluda y descolorida, levantó la zamarra, para tapar el huesudo hombro, cubierto con una camisa muy sucia—. Dame de beber, hermano. ¿Qué quieres?

El joven le alargó un jarrito de agua.

—Oye, Fiedka —dijo titubeando—. Creo que ahora no necesitarás las botas nuevas; dámelas, porque supongo que no vas a andar mucho.

El enfermo inclinó su cansada cabeza hacia el reluciente jarrito; y, mojando sus ralos bigotes lacios en aquella agua oscura, bebió con avidez. Su barba estaba desgredada y sucia; sus hundidos ojos vidriosos se alzaron con dificultad hacia el rostro del joven. Cuando terminó de beber, quiso levantar la mano para enjugarse los labios;

pero no pudo y se limpió con la manga de la zamarra. Callado y respirando pesadamente por la nariz, miraba al joven a los ojos, mientras reunía fuerzas.

—Tal vez se las hayas prometido ya a alguien —dijo el muchacho—; entonces, es lo mismo. Como los caminos están mojados y tengo que trabajar, pensé: «Le pediré las botas a Fiedka, si no las necesita». Pero si te hacen falta, dímelo...

Se dejaron oír unos ruidos sordos en el pecho del enfermo, que se inclinó y fue presa de un acceso de tos gurgural que le ahogaba.

—No le hacen falta; ya va para el segundo mes que no baja de la estufa —dijo, repentinamente, la cocinera enojada, con una voz que llenó toda la isba—. Fíjate, se está ahogando; a una le hace daño sólo el oírlo. ¿Para qué quiere las botas? No lo van a enterrar con unas botas nuevas. Y me parece que hace mucho ya que es hora de que se vaya, ¡que Dios me perdone! ¿Ves cómo se ahoga? Deberían llevárselo a otra isba o a cualquier otro sitio. Dicen que en la ciudad hay buenos hospitales. ¿Acaso está bien eso de que haya ocupado todo el rincón? Una no tiene sitio para nada; y encima, se le exige que tenga limpieza.

—¡Oye tú, Seriozha! Anda ya, que los señores te esperan —gritó el jefe de la casa de postas, desde la puerta.

Seriozha se disponía a marcharse sin esperar la respuesta; pero el enfermo, que seguía tosiendo, le hizo seña con los ojos de que quería contestarle.

—Llévate las botas, Seriozha —dijo una vez que hubo vencido la tos y descansado algo—. Pero escucha; tienes que comprarme una lápida cuando me muera —añadió con voz ronca.

–Gracias, tío Fiódor; entonces las cojo. Y te juro que te compraré la lápida.

–Vosotros lo habéis oído –pudo decir aún el enfermo; y, volviéndose a inclinar hacia adelante, empezó a toser.

–Sí, lo hemos oído –dijo uno de los cocheros–. Anda, vete ya, Seriozha, que ahí viene otra vez el jefe. La señora de Shírkino está enferma.

Seriozha se quitó rápidamente las botas rotas y desproporcionadamente grandes que llevaba, y las arrojó debajo del banco. Las botas nuevas del tío Fiódor le vinieron justas; y, mientras se dirigía al coche, no cesaba de contemplarlas.

–¡Qué buenas botas! Trae que te las engrase –dijo el otro postillón, que tenía la grasa en la mano en el momento en que Seriozha subía al pescante y tomaba las riendas–. ¿Te las ha dado gratis?

–¿Te da envidia? –replicó Seriozha, incorporándose para envolverse las piernas con los faldones de la zamarra–. ¡Vámonos! ¡Adelante, amigos! –gritó a los caballos; y blandió el látigo.

Y los dos coches, con los viajeros, las maletas y los bultos, desaparecieron en la neblina gris de otoño, rodando veloces por la carretera húmeda.

El cochero enfermo se quedó en aquella isba de atmósfera sofocante, echado sobre la estufa. Sin haber podido expectorar, hizo un esfuerzo para volverse del otro lado, y se calmó.

Hasta la noche no cesaron de entrar, salir y comer en la isba; al enfermo no se le oía para nada. Antes de llegar la noche, la cocinera subió a la estufa y alcanzó una pelliza por encima de sus piernas.

–No te enfades conmigo, Nastasia –pronunció el enfermo–. Pronto te dejaré libre el rincón.

–Bueno, bueno, no importa –masculló la mujer–. ¿Qué te duele, abuelo?

–Todo lo de dentro. Dios sabrá lo que es.

–¿También te duele la garganta al toser?

–Todo me duele. Ha llegado la muerte... Eso es lo que debe de ser. ¡Ay, ay, ay! –gimió el enfermo.

–Cúbrete los pies así –dijo la cocinera, poniéndole encima la zamarra, al paso que bajaba de la estufa.

Durante la noche, una lamparilla alumbraba débilmente la isba. Nastasia y unos diez cocheros que roncaban fuerte dormían en el suelo y sobre los bancos. Sólo el enfermo gemía débilmente y tosía, revolviéndose sobre la estufa. Hacia la madrugada se calmó.

–Es extraño lo que he soñado esta noche –dijo la cocinera, despezándose a la tenue claridad, a la mañana siguiente–. He soñado que el tío Fiódor se había bajado de la estufa y había ido a cortar leña. Me dijo: «Trae, Nastasia, que te voy a ayudar». Y yo le contesté: «Tú no puedes ya partir leña». Entonces cogió el hacha y empezó a dar golpes tan rápidamente, que saltaron astillas por todos lados. «Pero ¿cómo?», le dije. «Acabas de estar enfermo.» «No, estoy bien», me contestó, y blandió el hacha de tal manera que me asustó. Empecé a gritar y me desperté. Puede que haya muerto. ¡Tío Fiódor! ¡Tío Fiódor!

El viejo no respondió.

–Es verdad; a lo mejor ha muerto. Vamos a verlo –dijo uno de los cocheros, que se había despertado ya.

La delgada mano cubierta de rojizo vello que colgaba de la estufa estaba blanca y fría.